

Descubrimiento del libro y la literatura

Educación Creadora

por Vega Martín

El acercamiento del niño al libro y al lenguaje escrito no es un proceso aislado, ni debe de ser un aprendizaje al margen de todo lo demás, para luego pretender integrarlo en la vida.

Al contrario, debe de ser, y es, parte de un acercamiento natural al mundo a a su conocimiento.



Esta sería la esencia que este artículo desarrolla, como poner en contacto a niños prelectores con obras etiquetadas no etiquetadas como "literatura Infantil" sino con un amplio espectro de libros (de conocimiento, de poesía...) que sirven para satisfacer sus intereses personales y sus ansias de saber.

Diraya

Cuando empecé a trabajar con niños sólo una cosa veía con claridad, y era que aprender debía de hacerse con placer. Un niño pequeño, cuando llega a la escuela, tiene una enorme capacidad de apasionarse. Todo le interesa y no se aburre nunca. Esta capacidad se va debilitando poco a poco y, normalmente, termina de estudiar sin saber muy bien lo que desea en realidad.

Yo hacía responsable de esto a la sociedad, al consumismo, al tipo de relaciones que se establecen, a la superficialidad, a la falta de personalidad donde solo existe la masa. Deseaba y defendía la divergencia, y me rebelaba contra la homogeneización de las personas.

El constructivismo, en el que está basada la actual reforma educativa coincidía con mi pensamiento y parecía significar la posibilidad de un gran cambio en la escuela. Sin embargo, pronto vi que no era así. Mis ideas no encontraban herramientas concretas de trabajo y, a menudo, entraban en contradicción. Yo era consciente de estas contradicciones, y esto me permitió no pararme y seguir buscando coherencia en medio del desorden.

Libros, cursos, teorías... Muchas personas decían cosas interesantes, pero no llegaban a concretar y, si lo hacían, se desviaban de las ideas que habían planteado antes. Cuando conocí Miguel Castro, en su taller de Bilbao, vi por primera vez la coherencia que estaba buscando. Él me habló de Arno Stern y del trabajo que éste realizaba desde hace más de cuarenta años.

Stern, en el Closleieu, su taller de París, había creado un universo de relaciones, unas condiciones en las que todo el mundo podía pintar y desarrollar sin límites este trabajo. Allí, todos son diferentes. En el grupo de personas que trabajan durante una hora y media, destaca la diversidad, y cada uno desarrolla la diferencia sin compararse con nadie. No existe el juicio, únicamente un intenso trabajo movido por la necesidad de hacerlo.

Arno Stern no es un maestro, no enseña, ni juzga ni corrige, no desvía procesos. Él sirve a las necesidades de los que acuden al taller. ¡Esto es lo que yo quería hacer!

A partir de ahí, quise conocer en profundidad el trabajo de Arno Stern, y fui cambiando mi papel en la escuela. Con esta referencia, ya podía encontrar cierta coherencia. El trabajo que aquí muestro es una parte del que he realizado durante los últimos tres años, con niños de edades comprendidas entre 3 y 5 años.



Acercamiento al lenguaje escrito

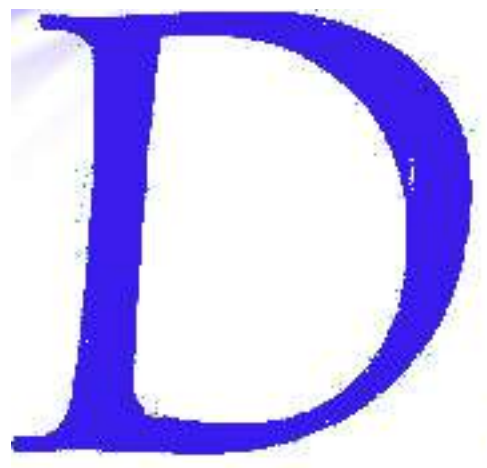
El lenguaje escrito continúa siendo en la escuela (cuando los niños empiezan Primaria) el objetivo prioritario. Sin él, parece que no pueden acceder a todos los demás conocimientos. Es cierto que este lenguaje es una herramienta fundamental para buscar y ordenar información, así como para comunicarse con el mundo.

En principio, la literatura se plantea como fuente de placer, sin embargo, como todos los aprendizajes que la escuela considera importantes, termina convirtiéndose en algo arduo, pesado y aburrido. A la larga, y por mucho que se intente adornarlo, la gran mayoría de escolares no disfrutan leyendo ni escribiendo, y no adquieren el hábito de manejar libros y buscar en ellos información que pudiera interesarles. Entre otras cosas, porque van perdiendo el interés por aprender que tenían a los 3 años.

La mayoría de los profesores se encuentran con el problema de que sus alumnos no comprenden lo que leen, y por tanto, no pueden estudiar.

La lectura tiene que comprensiva. Entonces se cambia los métodos tradicionales de aprendizaje del lenguaje escrito (silábicos y fonéticos), por métodos globales, suponiendo que éstos son más comprensivos, ya que parten de unidades con sentido completo como las frases y las palabras, y de letras y sílabas.

Los niños leen poco, itienen que leer más! Se buscan diferentes tipos de animación a la lectura, arrojando el hecho de leer con elementos externos con los que pretende hacerlo más atractivo. Sin embargo, el panorama no parece cambiar demasiado y finalmente, el momento de coger un libro y ponerse a leer sigue siendo el mismo duro e interminable trabajo.

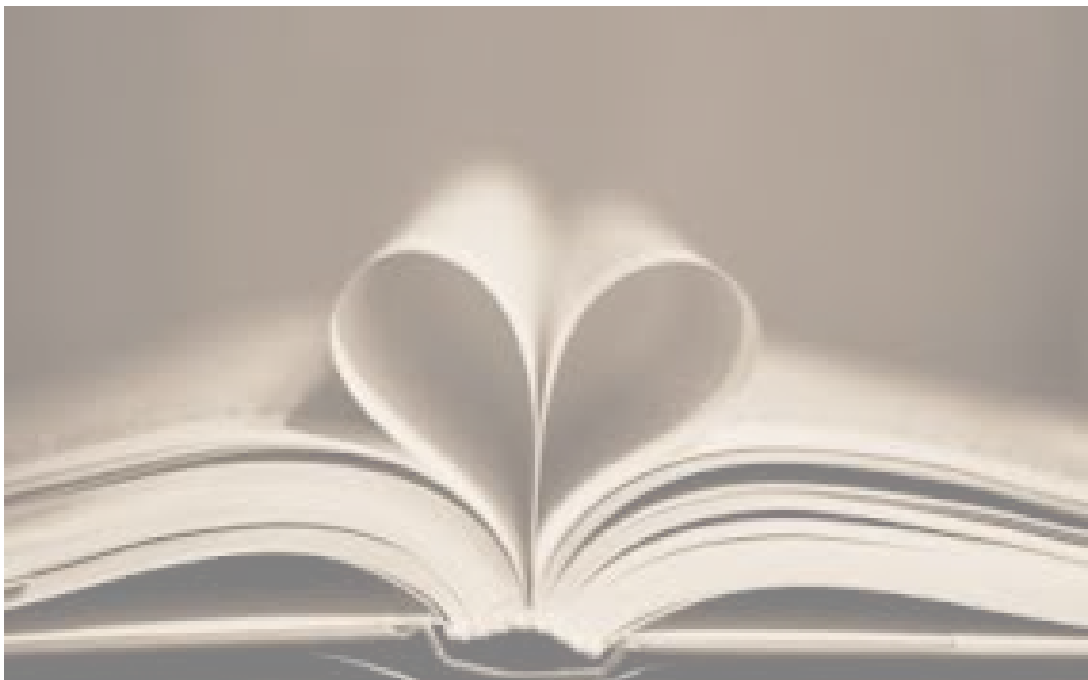


No quiero extenderme aquí explicando cómo los niños pierden el gusto por leer y escribir. Daniel Pennac lo describe perfectamente en su ensayo Como una novela. Cabe señalar, sin embargo, el hecho de que todos los aprendizajes escolares se convierten en una obligación con la que resulta difícil, por no decir imposible, disfrutar.

En la escuela, la lectura no es diferente de cualquier otro aprendizaje: se hace bajo la presión de un programa, en un tiempo determinado, igual para todos, y buscando unos resultados muy concretos. De esta manera, el respeto a los ritmos e intereses personales no pueden existir.

Mi trabajo no ha consistido en cambiar de método, ni utilizar determinados recursos, sino en un cambio de mi papel en la relación con los niños. No es lo mismo educar que enseñar. Yo he dejado de adelantarme a los intereses y necesidades de los niños para colocarme detrás, respondiendo a sus demandas. Así es como he podido ver profundos aprendizajes.

Cada niño es diferente a todos los demás; tiene su propio ritmo, sus propias necesidades, le interesa cosas determinadas... El interés por el lenguaje escrito surge inevitablemente, y cada uno accede a él desde distintos ámbitos y por diferentes caminos. Es a esto a lo que hemos de estar muy atentos para poder responder a las preguntas que un niño hace, sin desviar su proceso personal y sin compararlo con el de otros.



¿Qué necesita un niño?

En primer lugar, hay que hablar de lo que vamos a ofrecerle. No hay literatura infantil y literatura para adultos. No hay libros para pequeños y libros para mayores. Hay libros buenos y libros malos, y buena o mala literatura. Por supuesto que un niño pequeño que aún no sabe leer, no puede estar escuchando mientras otro lee el Quijote durante una hora, pero ¿por qué no un fragmento de éste durante cinco minutos?, ¿por qué no poemas de Lorca, o historias cortas de Cortazar...?

He visto a adultos escuchar cuentos tradicionales sin pestañear, y a niños de 3 años ensimismarse con el poema de Rafael Alberti Buster keaton busca por el bosque a su novia, que es una verdadera vaca.

Con esto no quiero decir que no exista literatura infantil de calidad, aunque tampoco utilizaría ese término. Esta clasificación de literatura infantil, juvenil, etc., no siempre responde a las necesidades de los niños o de las intenciones ellos escritores al escribir, sino más bien a criterios editoriales.

Cuando dejas de pretender enseñar los objetivos marcados para todos y te centras en cada niño, además de responder a todo lo que les interesa, se establece una relación natural. En una relación así entre personas que pasan cinco horas al diarias, cada uno comunica aquello que ama y con lo que disfruta. Los niños llegan contándome montones de cosas, ¿porque razón no iba hacer yo lo mismo?

Un niño me cuenta apasionadamente que ayer por la tarde construyó un castillo con cajas y jugó a ser rey o ratón del castillo; yo le cuento que leí algo precioso y le pregunto si querría escucharlo, dice que sí y yo se lo leo. Se acuerda luego de que su padre le contó un cuento al acostarse, y me pregunta si yo lo escucharía también y... me lo cuenta y... él me cuenta y yo le cuento, y él me pide y yo le doy, y un buen día él decide hacer algo por mí, y en la naturalidad de esta relación aprendemos y crecemos los dos.



Con este planteamiento, o más bien, con este convencimiento, lo que hice fue crear una pequeña biblioteca en clase, como las que hay en casi todas las aulas. Pero los libros que yo quería tener allí no eran los que tradicionalmente se consideraban para niños, sino que buscaba libros que, además de texto, muchas y buenas fotografías sobre diferentes temas. En principio, pensé que podrían interesarles los de animales, coches, trenes, diferentes países y distintas culturas, la historia de las muñecas, de cocina, etc. Esto no fue fácil, ya que, por un lado, estos libros son caros y, por otro, la opinión general es que son demasiados buenos para que los manejen niños pequeños.

Después de hablar con los padres, de explicarles minuciosamente mi planteamiento de trabajo en la escuela y lo que ellos podían hacer, algunos trajeron libros de sus casas y junto con los que yo llevé, conseguimos un número suficiente para empezar.

Los niños se entusiasmaron. En muy poco tiempo, no sólo no los destrozaban, sino que aprendieron a manejarlos perfectamente con sumo cuidado. Cuando por algún accidente algún libro se estropeaba lo más mínimo, me avisaban inmediatamente para que lo arreglara.

Y, ¿por qué este tipo de libros? Las imágenes que aparecen en los libros pensados para niños son casi siempre dibujos más esquemáticos y con menos detalles. Estos dibujos dan a los niños una visión estereotipada de las cosas, y muy alejada de la realidad. Además se les impone como modelos, impidiendo así crear sus propias imágenes, y robándoles su capacidad de expresión.

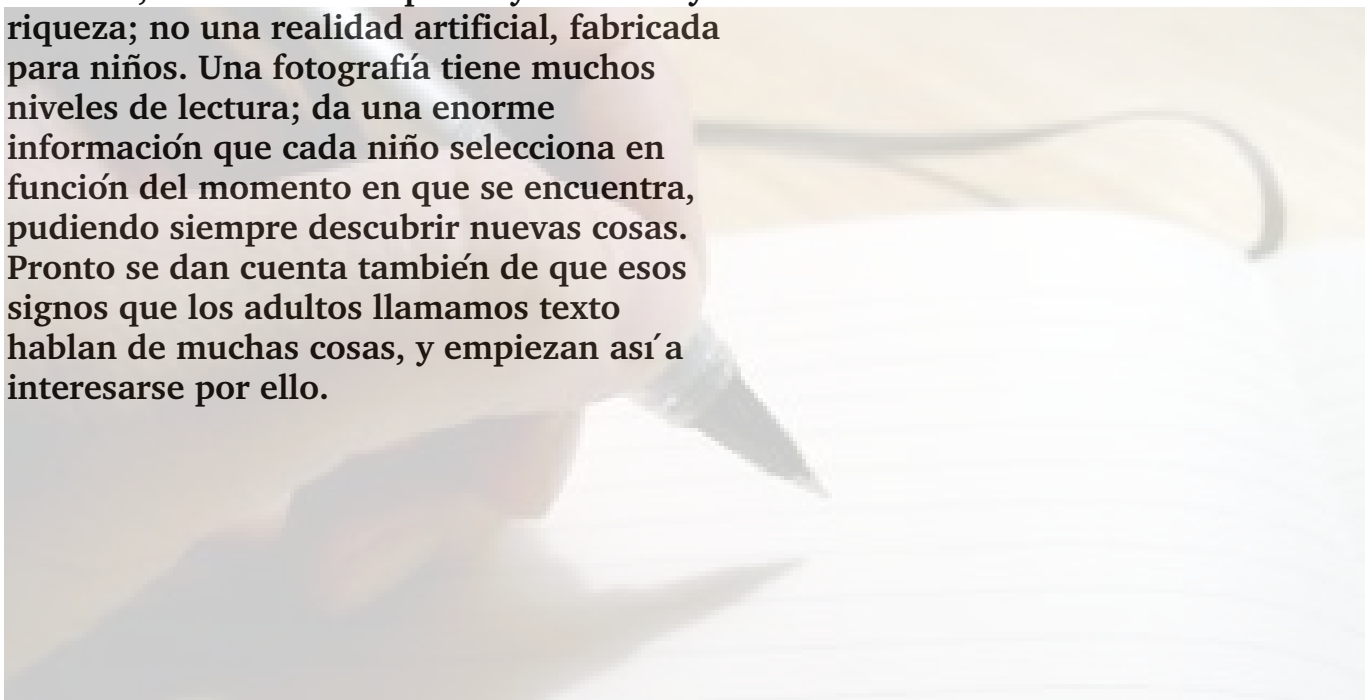
Cuando se trata de libros para niños que no saben leer, el texto no existe; cuando estos son para los que están aprendiendo, es igual es de simple que los dibujos a los que acompaña, con un vocabulario reducido y pobre, que no les aporta nada.



Se hace reduccionismo de la realidad tratando de simplificarla, pero aún niño, por el hecho de ser pequeño, no necesita de que le demos una realidad simple para poder aprender de ella. Se infravalora mucho las capacidades de los niños.

Si echamos un vistazo al mercado, es algo increíble lo que puede aparecer bajo el nombre de libro. El otro día vi un objeto de plástico con algo hinchable parecido a páginas, con relieves, con diferentes sonidos, texturas, y yo qué se cuántas cosas más. Dicen que son libros para tocar, oler, escuchar, bañarte con ellos y todos bien resistentes, “a prueba de niños”. ¿de verdad piensan, los que inventan esto, que así se favorece el acercamiento de un niño pequeño al libro? Sólo puedo entenderlo como un síntoma más del arrollador consumismo en el que estamos envueltos y del que resulta difícil escapar.

Un niño no necesita un libro resistente, que no se rompa por muy mal que lo trate, sino que necesita a alguien junto a él, para ayudarlo a manejarlos, a comprenderlos, a obtener la información que le interesa, pero que aún no puede leer en ellos, alguien que le dé nuevos libros que respondan a sus nuevos intereses... libros” de verdad”, de lo que antes he hablado, presenta la realidad como es, con toda su amplitud y variedad y riqueza; no una realidad artificial, fabricada para niños. Una fotografía tiene muchos niveles de lectura; da una enorme información que cada niño selecciona en función del momento en que se encuentra, pudiendo siempre descubrir nuevas cosas. Pronto se dan cuenta también de que esos signos que los adultos llamamos texto hablan de muchas cosas, y empiezan así a interesarse por ello.



Utilizar los libros

Cualquier día puedo ver a Alberto ensimismado en un libro, sin pasar la hoja, observando atentamente; o ver a Claudia leyendo, en voz alta, una historia sobre lo que ve, simulando con el dedo en los renglones que estaba allí escrita. Otros constantemente quieren saber cosas y las preguntan acerca de todo lo que le aparecen en los libros no terminan nunca.

El interés por los libros puede surgir a partir de cualquier cosa. Si un niño le gustan los barcos, una caja de cartón será su nave; construirá barcos con todo lo que pueda; irá al puerto para conocerlos de cerca; pedirá permiso para verlos por dentro, y tendrá libros de barcos, para poder estudiarlos en profundidad todo lo que nom puede ver y tocar porque es de difícil acceso.

Asier pasa los recreos en el patio buscando todo tipo de insectos. A veces, antes de darme cuenta de ello, llegaba a casa con los bolsillos del pantalón llenos de caracoles, e incluso alguna vez han pasado por la lavadora. Su madre me lo contó, y hemos encontrado formas para que Asier puede transportar sus animales sin problemas. En casa los tiene en la terraza y así aprende a cuidarlos, a darles de comer, pregunta sus nombre, observa sus movimientos... Su abuelo, además, suele llevarle de cacería a la huerta, y regresa con pequeños ratoncillos de campo.

Por supuesto, le gustan mucho los libros de insectos donde puede ver todos los que ya conoce, porque viven en su terraza, y muchos más que aún no ha visto nunca. Pasa grandes ratos observando estos libros y pidiéndome que lea el texto, ya que ha descubierto que ahí están escritas cosas que le interesan mucho. En una ocasión tuvo en casa renacuajos, después de la aventura, claro de ir a pescarlos, y pudo ver el proceso de metamorfosis, hasta que llegaron a transformarse en ranas. El otro día, se entusiasman cuando vio este proceso en un libro. Efectivamente, se dio cuenta de que él ya lo conocía, que allí hablaba algo de que había visto con sus propios ojos.

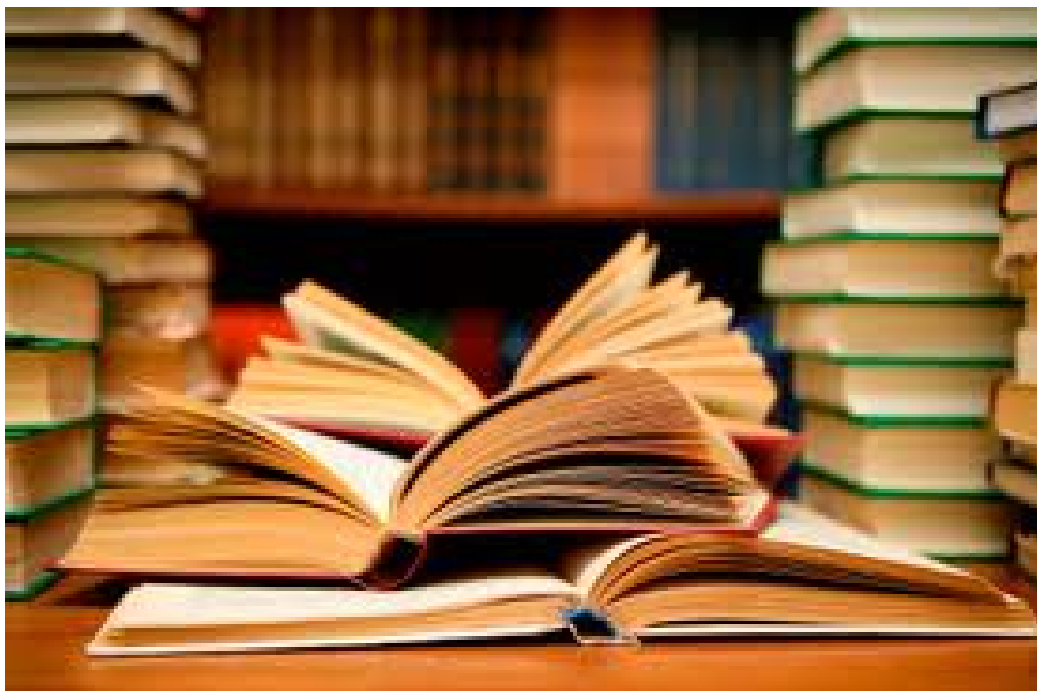
El acercamiento al libro y al lenguaje escrito no es algo que puede hacer de forma aislada. No es un aprendizaje al margen de todo lo demás, para luego pretender integrarlo en la vida, sino que debe ser, y es, parte de un acercamiento natural al mundo y a su conocimiento.



Los libros se han ido convirtiendo así en un elemento habitual de la clase. Cada niño puede encontrar ahí lo que le interesa, o pedírmelo para que lleve nuevo libros donde buscar información. Por diferentes motivos, en un momento concreto, surgió en unos cuantos niños el interés por las iglesias y las catedrales. Llevé a clase, para ellos, libros de ciudades donde podían verse diferentes iglesias. Encontré también unas diapositivas de la catedral de Florencia y, luego, pudieron verlas en un libro que teníamos en clase.

Ha sido de esta manera como los que estaban interesados han aprendido lo que son las cúpulas, las gárgolas; han visto imágenes, cuadros, esculturas; se han preguntado cómo es posible que se sujeten esos techos tan inmensos...

Después de las vacaciones, varios padres me explicaron, sorprendidos, cómo los niños se fijaban en todas las iglesias que veían en sus viajes, y no paraban de hacer comentarios y preguntas. Así aparecen y se desarrolla el interés por aprender acerca de muy diferentes temas. A veces, un grupo de niños puede coincidir, pero otras, son intereses personales no compartidos con otros a los que respondo de la misma manera.



A Andrea le interesan mucho los idiomas. Solía venir a clase diciéndome: “Sé inglés”, simulando la pronunciación y el acento, e inventado palabras y frases. Si yo entraba en el juego y contestaba, esas frases podían convertirse en una animada conversación en la que no decíamos nada, pero donde había una profunda exploración del sonido en el idioma. Además, enseguida empezó a incorporar gestos que le ayudaban a llenar de significado ese inglés tan personal. No decía nada con las palabras porque no eran palabras convencionales, se las estaba inventando ella. En cambio, sí utilizaba la función comunicativa del lenguaje.

Un día, cogió un libro que tenemos en clase, Historia de la muñecas, que está escrito en francés, y me dijo que se lo leyera, y yo lo hice sin más. Al principio puso cara de sorpresa. Ella nunca había oído esa lengua, pero luego, escuchaba con tal atención que parecía comprenderlo todo. Sin embargo, no era así, no entendía absolutamente nada. La pronunciación, el sonido, el ritmo de este idioma, le llamaban fuertemente la atención. Descubrió las características más sobresalientes en la pronunciación de ambos idiomas, y empezó a diferenciarlos perfectamente.

De forma intuitiva, para inventar en francés utilizaba la g en lugar de la rr, y para el inglés lo hacía reiterando los fonemas ch y w (gü). Después se interesó también por el significado. Quiso que le leyera y luego que le tradujera distintos textos, así como saber en francés y en inglés, así que tengo que arreglármelas para buscar las respuestas a sus preguntas, bien preguntando yo, o mandándola a alguien que sepa para que le conteste.

Este es es el origen de un proceso personal interrumpido cuando, desde fuera, se le impone un programa de aprendizaje igual que el resto de los niños.

Hay quien dice que no es es bueno aprender dos idiomas (además del materno) al mismo tiempo, ya que le genera confusión. Sin embargo, si se le deja evolucionar y se sigue su proceso en vez de imponerle un que le es ajeno, jamás se le confunde. El sabe lo que pregunta, y que quiere que se le conteste a eso y sólo a eso. Si se le da exactamente la información que pide, ni más ni menos, podrá manejarla e incorporarla perfectamente; pero si pretendemos ir más allá o si decidimos que es mejor otro camino distinto del que él ha elegido, entonces si le confundiremos. Le haremos desviarse de sus necesidades y empezará a desinteresarse por aprender.



Escuchar poemas e historias

Hasta aquí he hablado de los libros que habitualmente manejan estos niños. Son libros que tienen relación con el mundo, con sus intereses y con su vida.

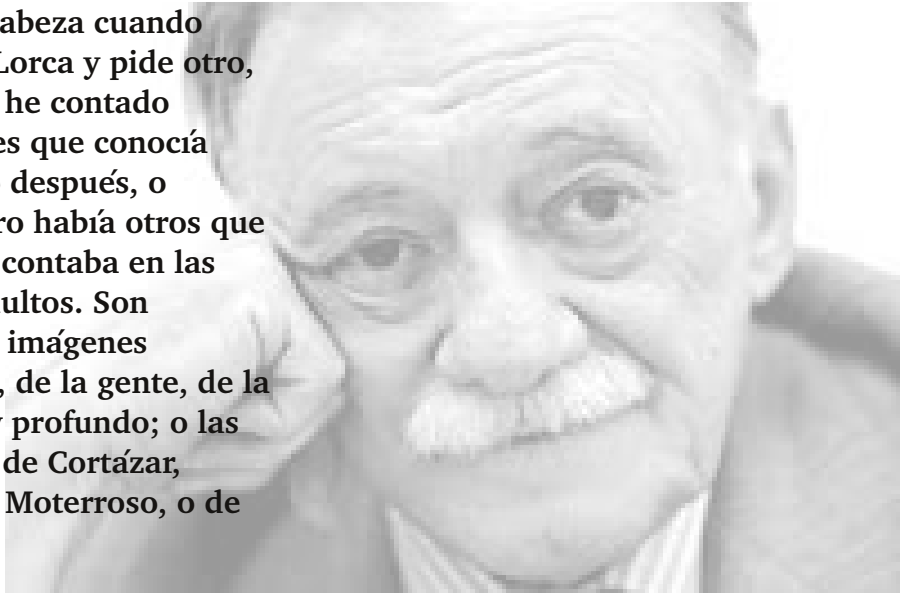
El acceso a la literatura es algo más amplio. Quiero hablar ahora de los cuentos, de las historias, de la poesía...; de todos los textos escritos que, al leerlos o escucharlos, conectan con nosotros, removiéndolo algo en el recuerdo o en la imaginación.

El momento de escuchar cuentos siempre es tranquilo y relajado. Cada niño se acomoda: uno sentado. Otro tumbado, alguien sobre mis piernas, y se disponen a escuchar y recrear su aventura. Justo antes de empezar, se forma un enorme revuelo. Cada uno pide un cuento, su cuento, ese que necesita oír una y otra vez porque conecta profundamente con él, porque le ayudan a controlar sus miedos, porque le da ese “final feliz” que le sirve para seguir adelante o, simplemente, por el sonido de las palabras, el ritmo...

Cuando cuento una historia, y tengo enfrente esas caras mirándome con los ojos como platos y expresiones al borde del estallido, conteniéndose por no interrumpir lo que no quieren dejar de escuchar, sé que no necesito más que las palabras para llegar a ellos. Palabras que se van llenando de sentido y de matices, o palabras que todavía no comprenden, que son sólo sonidos, pero... sonidos sugestivos y penetrantes, que caen en un pensamiento como un disparador de imágenes, que se recrean e inventan su mundo.



¿Cómo saber lo que hay en su cabeza cuando Alberto escucha una poesía de Lorca y pide otro, con esos ojos apasionados? Les he contado decenas de cuentos tradicionales que conocía desde pequeña, que había leído después, o escuchado a otras personas. Pero había otros que a mí me conmovían, y que sólo contaba en las tertulias que hacíamos entre adultos. Son cuentos de E. Galeano, lleno de imágenes poéticas que hablan del mundo, de la gente, de la vida, con un lenguaje cuidado y profundo; o las historias de cronopios y famas, de Cortázar, surrealista y disparatadas, o de Moterroso, o de Benedetti...

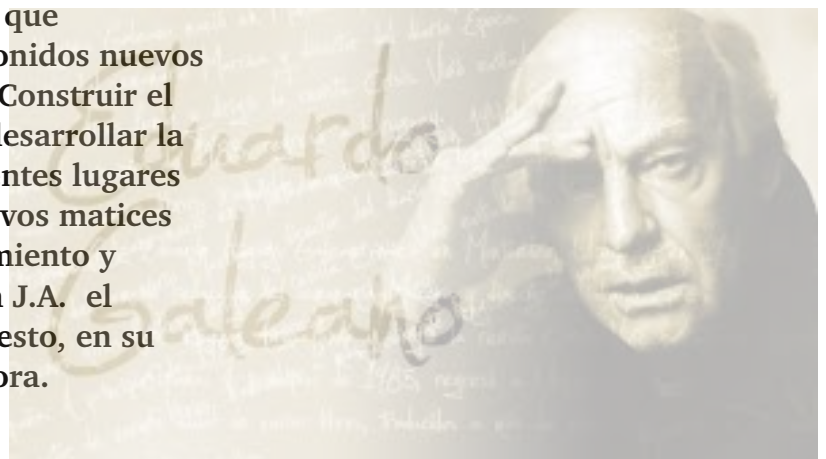


Después de leer muchos, cuando eliges un cuento para contar es porque encuentras en él una parte de ti mismo que deseas comunicar a los demás; a esas personas con las que tienes una relación sin miedos y las que te das tal como eres. Con estos niños, he podido a establecer una relación natural y verdadera, diferente con cada uno de ellos, siempre desde lo auténtico; porque no hay juicios entre nosotros, porque podemos aceptarnos como somos.



Es esta la relación que me a permitido en un momento determinado dejar de verlos como niños pequeños, y acercarme a ellos como personas. Así, cuando un día empecé a contar estos cuentos, comprendí que el origen de la conquista del lenguaje y la comunicación está más allá del significado concreto de las palabras. Comprendí que hay un significado convencional, pero también hay sentido del ritmo, en los sonidos y , sobre todo, en la sensibilidad trasmitida al contarlos.

Escuchan. No comprenden las palabras, pero es la emoción la que les atrae, y por la que empiezan a llenar de sentido esos sonidos nuevos que jamás habían escuchado antes. Construir el lenguaje es construir el mundo, es desarrollar la capacidad de reflexión, desde diferentes lugares y puntos de vista, incorporando nuevos matices que amplían la capacidad de pensamiento y comprensión. Aquí tengo que citar a J.A. el análisis profundo que hace de todo esto, en su libro Teoría de la inteligencia creadora.



Al principio, los niños sólo podían escuchar el lenguaje, sin entenderlo. Yo les contaba o les leía, pero pronto se dieron cuenta de que hay muchas cosas en los libros, páginas y páginas llenas de signos, aun incomprensibles pero que guardan el sentido de lo contado o leído por mí. Una noche cogí las obras completas de Lorca. Probablemente, no había leído aquello desde que me obligaban a hacerlo en la escuela; pero esta vez fue diferente. Me encontré con poemas nuevos, con una fuerza especial. Después llevé el libro a clase y les leí dos poemas. Supongo que lo hice con la misma pasión que me produjo a mí esa noche, y eso es lo que les llegó. Cuando terminamos de contar y leer, cada uno se fue a trabajar, pero Alberto me pidió el libro. Lo abrió y empezó a mirar con la interrogación pegada a la cara:

--Y Lorca, ¿quién es?

--Es un escritor que escribía poesía y teatro.

--¿Y esto lo escribió él?

--Sí.

--¿Todo?

--Claro.

--¡Imposible! Tardaría demasiado.

--Esto son las obras completas, lo pone aquí, es lo que escribió durante toda su vida. Se murió joven, pero, tuvo muchos años antes.

Alberto pasó las hojas y miró con una atención extraordinaria, como si realmente pudiera leer lo que allí está escrito. De pronto, se detuvo en una página quiso que le leyera un poema, y otro... y otro...

Cuando otros niños se dieron cuenta, recogieron sus trabajos para colocarse alrededor y poder oír. A todos les gustó pero estoy segura que a algunos les conmovió profundamente, aunque nunca sabré exactamente qué y por qué.

Durante mucho tiempo, día tras día, Alberto siguió pidiéndome ese libro. A veces para escuchar mientras yo leía, y otras, para mirar esas páginas que ya comenzaban a tener sentido. Llegó un momento en que reconoció los poemas que le gustaban, identificando los trazos del título o por la forma que están organizados los versos y estrofas; así buscaba hasta que encontraba el poema que quería y entonces me llamaba para que se lo leyera.



Todo los padres conocen el trabajo que hago en clase, pero hay un grupo especialmente interesado en lo que hago y con los que hablo todas las semanas. A través de ellos puedo saber lo que ocurre en diferentes procesos, cuando los niños salen de la escuela. Por ejemplo, Sandra escucha los poemas y no dice nada. Es extremadamente sensible y bastante ti mida, aunque siempre está ahí, discreta pero presente. Su padre me ha contado, aún sorprendido, cómo comenzó a leerle poemas, y comprobó que le gustaban; incluso que tenía criterio para decir cual sí cual no. “¡Nunca hubiera pensado que un niño tan pequeño pudiera decidir que un poema de Machado no le gustaba, pero si uno de Bécquer...!” me comentó el progenitor.

Podría seguir contando procesos y anécdotas sobre cualquiera de los otros veinte niños. Todas ella ilustrarían lo que quiero decir. Y es, en definitiva, que todas las persona son diferentes e incomparables, y todas tienen que evolucionar y desarrollar esa diferencia. Nuestro papel como educadores , maestros o padres es responder a esas necesidades e intereses de los que he venido hablando, para que no los pierdan. Para que aprender no tenga que ser una obligación sino una pasión.



Lo que aquí he descrito es el proceso del primer acercamiento al libro y a la literatura. Pero esto sólo es el principio. Si un niño pudiera seguir creciendo en estas condiciones, esto no tendría fin. Su proceso iría por lugares imprevisibles de antemano. Siempre que el niño encuentre y reciba respuestas a sus intereses, éstos no se agotarán nunca.

He explicado lo que sucede con la literatura, pero algo similar pasa con todos los demás aprendizajes que estos niños ha realizado al enfrentarse al mundo.

He querido explicar un tipo de relación no de poder , donde no hay que rendir cuentas de lo que se aprende, una relación libre en la que cada uno pone lo que es y crece en la diversidad.

Mi papel en este caso, como maestra (pero sería igual como amiga, compañera o madre), no es controlar, sino servir y responder. Sólo en una relación libre donde no hay juicio y, por tanto, no existe miedo, donde uno siente que es él mismo, diferente de todos los demás, y es aceptado incondicionalmente , se puede crecer fuerte y seguro, sin necesidad de compararse con otros para afirmarse.

D I R